

Lo escrito de lo escrito

The «exscription» of The «exscription»

Isidro Herrera

Arena Libros, España.

RESUMEN:

«Lo escrito» es el título de un breve texto de Nancy y una palabra inventada por él. Con ella intenta responder a una interrogación venida de Bataille y de su trabajo de escritura que buscaría integrar la interrupción del discurso dentro del propio discurso. Lo escrito a su vez le servirá a Nancy para profundizar su propia concepción del sentido pensado aparte y por fuera de la significación caracterizando lo escrito como «el sentido del sentido». Dentro de la economía expresiva del lenguaje de Nancy han de interrogarse las condiciones y los límites del uso de esta palabra, explicar cuándo y por qué aparece y cómo puede explicarse su posterior desaparición. Finalmente, explorar cuál puede ser el motivo de no haber llegado nunca a hablar de «excritura», sino sólo y una vez de «e(x)critura». Así se avanza la hipótesis de que Nancy podría querer hacer una excripción de lo escrito.

Palabras-clave: escrito; sentido; Bataille.

ABSTRACT:

The «exscription» is the title of a brief text of Nancy and a word invented by him. With it you try to respond to a question mark coming from Bataille and his work of writing which would seek to integrate the interruption of speech into the own discourse. The «exscription» will serve you to Nancy to deepen his own conception of the intended sense aside and out of significance characterizing the «exscription» as "the sense of the sense". Within the expressive language economy of Nancy have been questioning the conditions and limits of the use of this word, explain when and why it appears and his subsequent disappearance. Finally, explore what can be the reason for not have never come to speak of «excriture», but only and once of «e(x)criture». So goes the hypothesis that Nancy might want to make an « exscription » of the «exscription».

Keywords: exscription; sense; Bataille.

1. Una comunidad de pensamiento

En muchas ocasiones, Jean-Luc Nancy se ha propuesto escribir sus textos en la mayor cercanía del pensamiento de Georges Bataille. Eso le sucede singularmente, y es bien sabido, cuando redacta uno de los más conocidos, *La communauté désœuvrée*, donde se trata de pensar la comunidad siguiendo a Bataille, pero donde a la vez y como doblando la apuesta se trata de pensarla también en su comunidad. Pese a la aparente redundancia (pensar la comunidad en comunidad con...), tal posibilidad sería más bien

algo ocioso, puesto que parece muy secundario que el estudioso de una materia deba formar parte de eso que estudia, o que al menos esto le sea indispensable. Así, por ejemplo, si Bataille es por mucho motivos, un autor excesivo, ¿se debe estar también en el exceso o ser excesivo para hablar del exceso, de su exceso, de sus excesos?, ¿se debe vivir la comunidad, pertenecer a su comunidad, para desentrañar lo que ella trae consigo, lo que ella significa para uno o para otro? Si Bataille ha sido un autor excesivo que ha puesto el exceso en su discurso, si ha clamado por una comunidad imposible al tiempo que ha pensado hasta sus últimos extremos la posibilidad de esa comunidad, ¿debe hacer lo mismo aquel que, como Nancy, se proponga hablar de Bataille, es decir, *comentarlo*? A este respecto, sorprende que cuando en uno de los textos a él dedicados Nancy se dispone a comenzar «una breve reflexión sobre Bataille» (por lo tanto, y no lo niega, a elaborar un comentario sobre Bataille), sus primeras palabras sean para afirmar que «se vuelve urgente cesar de comentar a Bataille» (NANCY, 1990: 55).

No estamos en el caso de que alguien, Nancy precisamente, se propone pensar la comunidad tal como la piensa Bataille y que, al hacerlo, debe pensar lo que ya ha pensado Bataille, para, al final, decir con sus palabras y en su discurso lo que ya antes en los suyos ha dicho Bataille. No es exactamente el caso por el simple hecho de que al objeto de pensar la comunidad se le añade como un imperativo la necesidad de pensar *en comunidad con él*. Es cierto que, buscando pensar la comunidad y partiendo de una problemática común que es tanto filosófica como política, Nancy busca privilegiadamente en Bataille una respuesta al problema político que según él acucia al siglo XX, que es el problema del «con» de lo común, del «*Mitsein*», del «ser-con» o «co-ser», cuyo análisis Heidegger descuida profundizar en *Ser y tiempo* para ser incluso abandonado en su obra posterior. Y más en concreto Nancy busca una respuesta al problema de la cuestión particular de la comunidad *política*, expresada durante este mismo siglo XX, por un lado, en el fascismo con su apelación a una «comunidad del pueblo» (que termina siendo especialmente asesina encarnando una voluntad exterminadora del otro en nombre de lo común de una raza), y, por otro lado, en el comunismo, cuya realización comunitaria se vuelve una especie de fantasma obsesivo dentro del pensamiento de izquierdas, mucho más después de su hundimiento tras la caída del Muro de Berlín y la estrepitosa liquidación de la Unión Soviética. Sin embargo, es también muy cierto que el propio Nancy declara que esa busca de respuesta en Bataille no alcanza su objetivo:

... yo estaba al final de un curso anual consagrado a Bataille considerado desde el ángulo de la política. Había buscado en él, muy precisamente, la posibilidad de un recurso inédito que escapara al fascismo y al comunismo tanto como al individualismo demócrata o republicano [...] buscaba en Bataille porque sabía que en él circulaba la palabra y el motivo de la comunidad [...] El trabajo del curso me había dejado insatisfecho. Bataille no me había dado la posibilidad de acceder a una política inédita (NANCY, 2001: 31-32).

Pero esta especie de desencuentro final anunciado no anula ni la rebusca de un pensamiento de lo común de la comunidad ni la constancia de que tal pensamiento de la comunidad está dado y es posible encontrarlo expresamente en Bataille. Menos aún puede considerarse que la busca manifiesta que Nancy emprende de la comunidad de pensamiento y de escritura con el propio Bataille haya quedado en nada a causa de aquel mismo desencuentro. Más bien debería concluirse todo lo contrario, que el fracaso, el callejón sin salida, en que Nancy ha terminado lo ha de acercar aún más a Bataille, en cuanto que sin duda le ha hecho compartir una experiencia común con él, que en cierto modo sólo culmina cuando, necesariamente, se ve confirmada en ese mismo fracaso. Es entonces el momento de pensar no tanto la cuestión de la comunidad en la cercanía de Bataille sino la cercanía de Bataille como un modo ineludible en que el pensamiento se obliga a proponerse a sí mismo la cuestión de la comunidad. Precisamente en la forma de una comunidad de pensamiento buscada con el ahínco de quien se apercibe de que ya no se trata de «pensar a... », «pensar desde... » o «pensar sobre... », sino, más allá, de «pensar con... »: pensar con Georges Bataille — en su comunidad. Y seguir por aquí su mismo camino, aquel que el propio Bataille se propuso hacer junto a Nietzsche — en su comunidad.

Sabemos que son muy numerosos los momentos en que Nancy se refiere a Bataille dentro de sus libros. Huella, probablemente, de una admiración que va bastante más allá de su pensamiento, por muy importante que éste sea o que Nancy lo considere, que se demora en su gesto de escritura y en el modo insobornable en que trata de mantener su lenguaje hasta el punto en que éste vacila y amenaza con agotar todo su ser en la exploración incansable del extremo de lo posible. Esta adhesión quizás no se afirma nunca con tanta contundencia, sobre todo en entrevistas, como en la abundante mención de una frase de Bataille que Nancy presenta casi como un programa y a la que se refiere como su «oración diaria» (NANCY, 2000): «Sólo el lenguaje indica el momento soberano en que él ya está fuera de circulación [*il n'a plus cours*]»¹ (BATAILLE, 1973b: 270). El lenguaje se interrumpe para decir su interrupción misma:

¿no está aquí dicho uno de los motivos preferentes de la escritura de Nancy en estricta comunidad con Bataille?

Ahora bien, hay muchas formas de decir lo mismo, y es probablemente en un texto aparentemente menor (dicho sea esto sencillamente por su brevedad y no por su alcance o su valor) donde esa comunidad con Bataille se solicita de un modo que alguno podría considerar desgarrador o acuciante. Se trata de un texto extrañamente titulado: «*L'excrit*»², es decir, *Lo escrito*, término con cuya extrañeza se pretende establecer el sentido de una comunidad que no entiende de acuerdos o de discrepancias, que no se funda en ellos. El propio Nancy lo dice con nitidez en sus primeras líneas: «... una comunidad con Bataille que va (*passé*) más allá y que prescinde (*se passe*) de la discusión teórica» (NANCY, 1990: 55).

¿Qué dominio, si se deja aparte el de lo teórico, puede ser convocado por un pensador para entrar en comunidad con otro pensador? Se trata sin duda de pensar la comunidad de pensamiento de otro modo que el de la «discusión teórica» que pone en juego nociones y argumentos, incluso compartidos, un modo que, además, tiene en Bataille su modelo más completo, puesto que éste quiso *vivirla* de la misma manera con Nietzsche y con su pensamiento. Tal comunidad pone la vida en juego antes que cualquier conformidad o discrepancia (teóricas) y que, no obstante, en Bataille, adquiere finalmente la forma de un libro: «Mi vida, en compañía de Nietzsche, es una comunidad, mi libro es esta comunidad»³ (BATAILLE, 1973a: 33).

La vida puesta en un libro y por escrito. Se observará en primer lugar que tal libro no es el *producto* de la comunidad, sino que él mismo con su existencia escrita *es* ya esa misma comunidad, la cual a partir de ese momento será cualquier cosa antes que un acuerdo de ideas. Porque Bataille, a través de su libro, no comunica esto o aquello sobre lo que se fundaría la comunidad con éste o aquél, sino que, como dice Nancy, «Bataille comunica la comunidad misma»⁴ (NANCY, 1988: 107). Una comunidad de existencia que no procede del comentario ni se abre al comentario y que por tanto no está exenta de dificultades para ser, de acuerdo con su naturaleza, comunicada. Entre otros, el mayor obstáculo que se podría encontrar lo enuncia Nancy de este modo: «También el propio Bataille cuando quiso escribir *sobre* el pensamiento con el cual él entraba en mayor comunidad, escribió *Sur Nietzsche*, en un movimiento esencialmente consagrado a *no comentar* a Nietzsche, a *no escribir sobre él*» (NANCY, 1990: 59).

Es una evidencia que las palabras anteriores se las aplicará punto por punto el propio Nancy cuando él mismo se está proponiendo «escribir sobre» Bataille, es decir,

«sobre el pensamiento con el cual él [Nancy en este caso] entraba en mayor comunidad», dejándose arrastrar por aquel mismo movimiento, que le obliga a «no comentar» a Bataille, «a no escribir *sobre* él». Instado a ello porque, en primer lugar, si no lo hiciera así, traicionaría no sólo el modo de actuar de Bataille, su método, dejando de serle fiel, sino que por esa vía nunca podría realizarse la deseada comunidad con él; mientras que, en segundo lugar, no puede dejar de cumplir el imperativo de su escritura y obligarse a realizar exactamente el mismo gesto de Bataille, que consiste en incorporar dentro de su propio discurso la misma paradoja que adivina que se produce dentro del discurso del otro. La apuesta entonces consiste en escribir *sobre* Bataille *con* Bataille, en comunidad con él. Ahora bien, si desde el momento en que se le nombra a él o se citan sus palabras, ya se está escribiendo sobre Bataille, y si al mismo tiempo se descubre —con él— que con él se entra en la mayor comunidad a condición de «no escribir sobre él», ¿cómo se hace eso de escribir *con* Bataille: escribir sobre Bataille sin, como hemos visto que resulta obligado, escribir sobre Bataille?

Porque ¿habría otro modo distinto del propuesto por Bataille para escribir sobre aquel *en cuya comunidad* se siente obligado? ¿A qué obliga imperativamente la comunidad en que uno se siente que está con aquel otro que no pone de sí más que esta misma comunidad (porque no tiene otra cosa que poner en común con él)? Así, pues, de un modo inequívocamente paradójico, Nancy debe intentar escribir sobre él, sobre Bataille, pero sabiendo mejor que nadie que la única manera de hacerlo es *no comentándolo, no escribiendo sobre él*. De nuevo, ¿cómo se hace eso de *no escribir* sobre aquel sobre el que se quiere escribir, sobre el que *ya* se está escribiendo?

La comunidad buscada, que casi como regla se pone del lado de lo inconfesable, exige como mínimo la proscripción del comentario. «Lo escrito» es el resultado de esta exigencia.

2. Una palabra: «lo escrito»

Nunca se insiste suficientemente en el hecho de que un filósofo original, un gran filósofo, es siempre sin excepción un gran escritor (incluso si, como sucede en algunos casos bien conocidos, efectivamente no escribe). Cuando el filósofo da curso a su pensamiento establece siempre una relación particular con el lenguaje por la que se le reconoce. A esa relación se la pueda llamar con mucho sentido escritura. Sólo por ella se hace digno de ese pensamiento que es el suyo. Su lenguaje se vuelve indiscernible de su pensamiento. En él, pensamiento y escritura *ritman* inexorablemente.

Valga lo dicho para no dejarnos engañar por las formas. La discreta presentación de su «comentario» de Bataille reducido a la intención de «introducir a una palabra: “lo escrito”» (NANCY, 1990: 55) no debe ocultar el alcance que esta palabra debe tener dentro del pensamiento de Nancy, desde el momento en que pocas líneas después esa palabra nueva *comunica* inmediatamente con una palabra fundamental dentro de su pensamiento: la palabra «sentido»:

Bataille me comunica inmediatamente la pena y el placer que obedecen a la imposibilidad de comunicar lo que sea sin atañer [toucher à] al límite en que el sentido entero se vuelca [se renverse] fuera de él mismo, como una simple mancha de tinta a través de una palabra, a través de la palabra “sentido”. A este vuelco [renversement] del sentido con que se hace el sentido, o a ese vuelco del sentido en la oscuridad de su fuente de escritura, lo llamo lo escrito (NANCY, 1990: 55).

Un análisis cuidadoso de este párrafo nos llevaría a todo lo que viene a continuación e incluso, extremándolo, a detectar en él todos los grandes temas del pensamiento de Nancy (porque Nancy es un gran escritor y lo demuestra cada vez que escribe). A falta de ello, nos quedaremos con esa única palabra que Nancy acaba de subrayar: «escrito».

«Escrito» es una extraña palabra, que, no obstante, no debería extrañarnos tanto. No hay quizás en las lenguas romances otra raíz que haya admitido o adoptado tantos prefijos como el *scribere* latino. Sin ánimo de ser exhaustivos, recordemos: describir, prescribir, proscribir, suscribir, circunscribir, inscribir, transcribir, reescribir, adscribir, sobrescribir. Por otro lado, el prefijo «ex-», que recoge la siempre trascendental dimensión espacial o temporal del lenguaje (y de la experiencia), es uno de los más utilizados en nuestras lenguas. Extraña por tanto que no se haya llegado a acuñar en ninguna de ellas la palabra «excribir». Ello quizás se deba a que la inscripción, que por su significado parece el correlato del rayado o de la incisión a los que apunta el *scribere* latino, habría subsumido, recalcándolo, todo su campo significante, por lo que escribir sería únicamente hacer una inscripción, inscribir, dejando fuera (como *fuera de sentido*) la posibilidad de la excripción, cuyo movimiento, por el contrario, quedaría del lado de la *escisión* antes que de la incisión, negando así lo que podría considerarse el movimiento constitutivo de la escritura.

En su reserva, escribir parecía estar esperando la oportunidad de poder discurrir por nuestros discursos. Esa oportunidad le ha llegado de la mano de Nancy, que ha puesto a circular esa palabra en varios de sus libros. No obstante, Nancy no ha creado el neologismo para regocijo de su autor y de su inventiva. Nancy buscaba esa palabra y la

ha encontrado en el momento justo en que la necesitaba, cuando ella debía adquirir sentido dentro de una experiencia de pensamiento y vivir la existencia de una escritura que la acogiera. A este respecto, muy cuidadosamente, Nancy no dice que su texto — «Lo escrito»—pretenda «introducir una palabra», sino «introducir *a* una palabra». Eso quiere decir que no se trata en ningún caso de enriquecer el lenguaje. Lo mismo que sucede con cualquier neologismo, si «escrito» llegara a ser una palabra de nuestro lenguaje, ampliaría el significado del *scribere* que reside en ella. Con ella el lenguaje *significaría* un poco más, como sucedería si introdujéramos otros tentadores neologismos como «abscibir», «conscibir» u «obscibir». Ahora bien, Nancy no tiene esa intención: «“escrito” no es una palabra de nuestra lengua» (NANCY, 1990: 62), y a él nos parece que le importa muy poco que llegue a serlo. Porque su empeño no quiere tratos con la significación, sino con el sentido.

¿Qué es —qué significa— escribir? Es claro que inscribir y escribir se implican —y se explican— mutuamente. Si inscribir (*in-scribere*) describe el movimiento del *scribere* (rayar, incidir) hacia dentro, escribir (*ex-scribere*), por el contrario, dirigirá tal movimiento de inscripción hacia afuera. Si inscribir es registrar, dejar en el papel, el pergamino o la tablilla de cera la incisión del trazo (del signo) que queda ahí depositado, escribir será despegar, separar de, desmarcar y, por esa vía, incluso borrar⁵; también desnudar y desanudar. La inscripción excava un adentro, la excripción atañe a un afuera. La inscripción inserta, asienta; la excripción deserta, abandona. Se observará que en este mínimo que marcan los sufijos ya tenemos una *orientación* donde está contenida toda la cuestión del sentido de la escritura, tanto en la forma de lo inscrito como en la forma de lo escrito.

En *L'oubli de la philosophie*, que en su última página fecha el momento de su redacción —mayo de 1986—, Nancy despeja decisivamente la diferencia que ha de haber entre, por una parte, un sentido de la significación (o de los significados) inserto en lo que suele llamarse metafísica de la representación y, por otra parte, «otro sentido», el «sentido del sentido», al que Nancy sitúa como el futuro insuperable del sentido y del pensamiento, como un sentido que con su presencia excede todas las significaciones, desde ese momento conclusivo agotadas para siempre. Dos modos, pues, de comprender el sentido. Uno que viene de cuando el pensamiento trataba privilegiadamente con la significancia como su único objeto y su sentido consistía en exponer su límite como un «no más allá» donde todas las significaciones concluyen. Pero, en el límite, en «el paso al límite», en aquel «no más allá» entendido ahora como retirada de la línea que priva al

más allá de más allá (el no *del* más allá, el no *al* más allá), se hizo presente o vino a presencia una delgadísima traza en que otro sentido, el sentido a-significante, tendrá su lugar, una especie de afuera sin afuera o afuera insignificante, sobre el cual pasa el hecho mismo de la existencia, una existencia que en esta tesitura es toda ella sentido. Esa traza, dice Nancy, «inscribe» el sentido del sentido, su presencia abrumadora «sobre el límite, sobre este borde sin afuera que no es más que la ínfima apertura del sentido» (NANCY, 1986: 107).

La traza de este espacio de apertura marca una «disyunción» dentro del orden significante que, fuera de significación, se presenta como «el *acto* mismo del sentido» (NANCY, 1986: 106). Cosa de pensamiento y de lenguaje, en *L'oubli de la philosophie*, Nancy, no tiene otro vocabulario, para referirse al carácter de esta traza donde se aloja el sentido, que el vocabulario de la *inscripción*, y no puede menos que utilizarlo para referirse a la necesidad y al modo de *inscribirse* de esa traza para señalar la existencia de aquel afuera en que consiste el sentido. Sin embargo, su descripción ya estaba reclamando la exigencia de otra palabra distinta a inscribir para decirlo:

Se podría decir que [inscribir] es algo así como “registrar”, es decir, hacer que entre en un orden de marcas una realidad heterogénea a dicho orden, y que no se vuelva homogénea. “Pensar” inscribe en el lenguaje el límite de la significación. La inscripción es el gesto por el cual el lenguaje pasa al límite de la significación. En este límite, el lenguaje no se refiere al absurdo o al sin-sentido, que no son más que otras formas de la significación. Este afuera no tiene que ser significado, y por ello el lenguaje no penetra en él: no hay nada que penetrar, no hay una profundidad de lo real que estuviera a la espera de otra significación (NANCY, 1986: 105-106).

Simple traza de escritura que reconoce una especie de heterogeneidad en lo inscrito que lo hace inmune a cualquier significación, en donde, dice Nancy ya en posesión de *su* palabra, «toda escritura *se escribe*, se deposita fuera del sentido que ella escribe [...] esta *excripción* es la verdad última de la inscripción. Ausentado en cuanto discurso, el sentido viene en presencia en el seno de esta ausencia»⁶ (NANCY, 2008: 15). Heterogeneidad del sentido que lo saca del discurso y lo sume en la densidad de la existencia, situándolo en «una oscuridad por la que él se expone, se deja tocar *como sentido*, ahí donde se ausenta como discurso» (NANCY, 2008: 15). Tal será el terreno ganado por el nuevo vocabulario de la *excripción*: gesto de pensamiento que *toca* un sentido carente de profundidad, por el que se presenta —gracias a la ausencia que ella crea— «la verdad última de la inscripción», es decir, la *excripción*. Puro afuera, afuera sin adentro y afuera sin afuera.

El debate sobre el sentido y la significación debería llevarnos entonces muy lejos —estrictamente hablando a todo el pensamiento de Nancy—, pero en lo que ahora nos interesa simplemente ha de servirnos para comprobar cómo en un momento dado Nancy, empujado por la exigencia de su propio «discurso», tropieza con la limitación de la inscripción para decir el alcance de ese sentido que excede cualquier intento de que se lo encierre en alguna tranquilizadora intimidad. La excripción viene a cubrir *por un tiempo* esa necesidad. Así, pues, simplemente ha sucedido que el carácter proteico que la inscripción adquiriría en mayo de 1986 (cuando concluye la redacción de *L'oubli de la philosophie*) se descarga de la complejidad de su función con la aparición en febrero de 1988 (fecha de la aparición del artículo publicado en *Po&sie* con el título de «Lo excrito») de un trabajo donde aquella misma función se le concede a la excripción. Y todo ello en el contexto de un pensamiento que quiere dilucidar el sentido de la comunidad en y con Bataille⁷.

3. Escritura sin profundidad

Tal vez todo se reduce en este caso a una cuestión de coherencia y del encaje que la incoherencia pudiera tener dentro de la escritura y del pensamiento. Es cierto que al discurso del filósofo se le exige una coherencia argumentativa que no tiene por qué condicionar en ningún caso al escritor, incluso al escritor que el filósofo mismo es. La incoherencia también escribe. Sin embargo, ella —en principio— le está vedada al filósofo. Habiéndosele prohibido la incoherencia, el filósofo escribe, y cuando escribe lo hace con la conciencia más aguda que cabe tener del trabajo del lenguaje en la exposición de un pensamiento. Conciencia innegable, aunque, desde luego, no mayor que la del poeta o el novelista; pero mientras que a éstos se les permitiría un punto de inconsciencia para su trabajo literario, el trabajo del filósofo con el lenguaje y más exactamente con las palabras con los que tiene unos tratos especialmente intensos le obliga imperativamente. ¡Habla como debes!, se dice. Es decir, se debe hablar de acuerdo con el *sentido* de lo que se dice. Es el caso de los citados Nietzsche o Bataille: la coherencia en el desvarío o el desvarío como suprema coherencia⁸ marcan aquello a lo que el filósofo y su lenguaje deben *plegarse*. Situación delicada para los que piensan como filósofos o actúan como tales, incluso cuando persiguen un saber absoluto tal como Hegel lo concibió y como Bataille, tras sus pasos, lo interrogó; para ellos, su saber, contenido en lo que piensan o en lo que escriben, no puede ser nunca *soberano*, porque está siempre subordinado a reglas que escapan a su dominio y que por tanto lo dominan

a él, sin que con los medios que tiene a su disposición —es decir, de nuevo, sólo los del saber— pueda evitar el sometimiento que lo aleja una y otra vez y siempre de la posibilidad de disfrutar de *un momento soberano*. Este escollo, así planteado, es insuperable. Nancy lo sabe, justamente porque siente que se lo *comunica* el propio Bataille a través de su voluntad de escribir.

Siempre habrá el filósofo conformista o conformado, que acepta someterse a los límites de un lenguaje cuyo significado él se ocupa de esclarecer. Pero también ha habido, hay y habrá el filósofo que con su pensamiento llevará inexcusablemente el lenguaje a sus límites —a los límites en primer lugar de lo no dicho—, a confrontarse con ellos, arrastrando en ese movimiento todo el sentido inevitablemente convocado en la exploración/exposición, extenuación/exhaución de esos mismos límites, que son límites *del* sentido mismo, donde empieza a difuminarse la mutua exclusión de lo coherente y lo incoherente. Ése será el momento en que, puesto a escribir, se dará cuenta —tomará conciencia— de que su escritura no sólo debe atender al sentido de lo que dice, conteniéndolo, sino que, al mismo tiempo, arrojada al límite del sentido, esa escritura debe percibirlos —tanto el límite como el sentido— como fuera de sí: puestos fuera de sí, pero permaneciendo aún con sentido. Sacando, todavía como operación de sentido, a la luz (negra) del lenguaje (escrito) un afuera del sentido que da existencia —porque sigue dando sentido— a aquello que ella ilumina.

Llama la atención, de Nancy en primer lugar, que, en el caso del imposible empeño de Bataille, éste es muy consciente de la necesidad que tiene de proseguir su empresa de escritura a pesar de saber que ella necesariamente ha de fracasar para estar exactamente a la altura de lo que ella misma se propone. De este modo, lo que constantemente *interrumpe* tanto el curso del pensamiento de Bataille como sus libros e incluso sus frases no es el agotamiento de algo que por su naturaleza infinita no se pudiera continuar rodeando con un lenguaje o un pensamiento finitos —en una escritura—; tampoco es la inefabilidad de aquello que se sustrajera a cualquier forma de designación o de expresión; es más bien la necesidad impuesta por el método mismo que se está siguiendo de incluir dentro de ese discurso su interrupción e incluso la interrupción de todo discurso. De ahí procede el equívoco que contiene el pensamiento de Bataille. De ahí procede también que él mismo antes que nadie lo considere irrisorio y lo haga concluir en un estallido de risa: escribir para que la interrupción de la escritura le proporcione a esta misma escritura la posibilidad de proseguir su propio camino de antemano borrado. Tarea que en Bataille viene acompañada siempre de una risa loca.

Aparentemente Bataille es un insensato que pretende lo imposible cuando se propone transmitir lo intransmisible o comunicar lo incomunicable. En realidad, no podría aspirar a otra cosa. Cuestión de coherencia. Su primer problema es el de decir por escrito lo que su propia escritura es o hace, que, según sus propias palabras recuperadas por Nancy, consiste en enmascarar o encubrir. Acción contradictoria, puesto que así se cierra el camino a la posibilidad de que escribiendo se *descubra* algo: ¿cómo utilizar para desenmascarar algo eso cuyo objeto es siempre enmascarar o encubrir? ¿Y qué es eso encubierto que pudiera salir a la luz o ser desenmascarado en tanto que enmascarado?

*Bataille escribe que la escritura es la “máscara” de un grito y de un no-saber. ¿Qué hace entonces esta escritura que escribe eso mismo? ¿Cómo no enmascararía ella lo que, por un instante, desvela? ¿Y cómo no enmascararía, a fin de cuentas, la máscara misma que ella dice ser, y que ella dice aplicar sobre un “silencio que grita”?*⁹ (NANCY, 1990: 58).

Al escribir se entra entonces en una espiral inacabable, ante la cual Bataille se detiene muchas veces sin aliento, interrumpiendo el curso de su escritura. Pero ésta no sería todavía la interrupción buscada, puesto que no devolvería en absoluto ni el grito que ella ahoga ni el silencio que ella encubre, sino que solamente mostraría hasta qué punto este problema, en este ámbito, desplaza en el último extremo el momento en que pudiera resolverse. Desde este punto de vista aún limitado, escribir sería entonces algo así como enmascarar un grito que, sin embargo, nunca puede ser desenmascarado, porque el gesto mismo que lo desenmascararía consiste precisamente en ponerle una máscara, produciéndose en el momento de señalar la máscara que la escritura aplica sobre el «silencio que grita» una doble sustracción: por un lado, de lo escrito, que no dejará que aparezca nunca el grito que encubre; por otro lado, de la máscara misma, que no se llegara a mostrar más que desaparecida tras una mostración que de nuevo la enmascara.

Más callejón sin salida que paradoja, de este cuestionamiento no deben pasarnos desapercibidos los dos pasos que nos deben permitir avanzar: en primer lugar, la escritura se ha visto obligada a preguntarse por lo que ella hace con ella misma, mientras que, en segundo lugar, su incapacidad de responder la arrastra a realizar un permanente ejercicio de sustracción, gracias al cual, además, la escritura siempre se encuentra en pos de sí misma. La escritura se sustrae a sí misma desde el momento en que se ha visto obligada a escribir lo que ella hace, a escribirse, a ser escritura de la

escritura. Ahora bien, es aquí precisamente donde Nancy observa que la escritura de «Bataille» se pone fuera de la significación y decididamente de parte del sentido:

[...] a través de todas las cuestiones que debate, “Bataille” no es más que protesta contra la significación de su discurso. Si se quiere leerlo, si de entrada la lectura se rebela contra el comentario que ella es, y contra la comprensión que ella debe ser, hay que leer en cada línea el trabajo o el juego de la escritura contra el sentido (NANCY, 1990: 59).

En comunidad con Bataille —una comunidad que podría llamarse con mucho sentido aporética—, Nancy expone la pequeñísima pero insalvable distancia que hay entre sentido y significación. Distancia que es toda ella interrupción *de* sentido, donde el pensamiento y la escritura de Bataille a cada paso suscitan su interrupción para excederse en su alcance, para precederse y sucederse de un solo trazo, desbordando con ello el campo completo de la significación en el que sin embargo necesariamente se mueven. No se discutirá que el sentido acaba en significación, que se hace significación. Esto es inevitable. Pero, a su vez, no es la significación quien «hace» el sentido, sino que él es el resultado de un ejercicio de escritura desde el principio a-significante.

Lo escrito está escrito desde la primera palabra, no como un “indecible”, o como un “ininscriptible”, sino, al contrario, como esta apertura en sí de la escritura a ella misma, a su propia inscripción en tanto que la infinita descarga del sentido — en todos los sentidos que se pueda dar a la expresión (NANCY, 1990, 62, Subrayado mío).

Una escritura que hace algo más que *inscribir* superficies que ella excava y dota de profundidad, es decir, que llena de significado, sino que también *excribe* un afuera real que, ajena a toda forma de profundidad, escapa a toda significación: finísima e ínfima línea de impenetrabilidad que se abre para descubrirse llena de inmediato. ¿Llena de qué? Por supuesto, llena de sentido. Callejón sin salida al mismo tiempo que apertura infinita de sentido: escritura. Escritura de la escritura, que constituye lo que en su lenguaje Nancy también llama el sentido del sentido.

Irremediablemente dicotómica, «la escritura *excribe* el sentido no menos que inscribe significaciones» (NANCY, 1990: 61). Por este camino, la escritura llevaría con ella un afuera que propiamente hablando no estaría totalmente fuera de ella (como sí lo estarían el absurdo o el sinsentido, lo inefable o lo indecible, de los que Nancy se desmarca siempre como afueras *malos*), sino que iría con ella, sin perder su carácter de

afuera, comprometiendo *a toda cosa* de la que ella se escribe — incluida evidentemente, como pedía Bataille, la escritura misma.

La escritura, en cuanto que no sólo inscribe, sino que también escribe, con mucho sentido, *interrumpe* el sentido en el momento en que incluye un afuera de sentido que sólo cobra sentido en ella y por ella. Este afuera no es el referente al que ella apunta y del que ella sería subsidiaria. Ese referente, sea cosa, vida, existencia o lo que se quiera, funcionando como tal referente, seguiría perteneciendo por mucho que lo ampliase al dominio de la significación, nunca del sentido. Si la escritura, cuando escribe, lleva consigo la interrupción de lo que escribe, en ese momento, carga con algo que sólo puede ser objeto de pensamiento —por no decir que sólo está hecho de pensamiento—, lo escrito de ella y en ella: «un afuera —entero escrito en el texto—», un «afuera» que «es la infinita retirada [*retrait*] de sentido por el cual cada existencia existe»¹⁰ (NANCY, 1990: 61). Interrupción como afuera de sentido, a la vez y según se la mire presente y ausente:

Inscribiendo significaciones, se escribe la presencia de lo que se retira de toda significación, el ser mismo (vida, pasión, materia...). El ser de la existencia no es impresentable: se presenta escrito. El grito de Bataille no está enmascarado ni asfixiado: se hace escuchar como el grito que no se escucha (NANCY, 1990: 62).

Cuando se trata de escribir, al mismo tiempo que se inscriben todas las significaciones deseadas o posibles, se escribe una *presencia* ajena a ese dominio —una presencia de lo imposible—, que al mismo tiempo que se retira de la significación concede ser o existencia a aquello de lo que ella misma (la escritura) se escribe. Es como la «presencia» del grito [*le cri*] en lo escrito [*l'écrit*] en la forma de lo escrito [*l'excrit*], que es un grito que no tiene como objeto que sea escuchado por un oído — puesto que estando sumido en su escritura no puede alcanzarlo—, pero que justamente, convertido en *ex-grito*, en un «silencio que grita»¹¹, ya no suena en ninguna garganta sino sólo y siempre en el texto escrito, y ya no suena en ningún oído sino sólo y siempre en el pensamiento.

Así, pues, la escritura escribe siempre y lo escribe todo, ninguna cosa queda fuera de su alcance, es decir, fuera del alcance del afuera que ella misma trae consigo. Ni siquiera ella misma. Por este camino, sería tal vez posible —aunque esto Nancy no lo llega a decir en su artículo ni, tal vez, a sugerir— adelantar la hipótesis de que así lo escrito de una escritura permitiría acceder a aquel momento soberano que antes

decíamos que se le negaba siempre tanto a la escritura como al pensamiento (quedando claro que, en cambio, siempre se le negará tanto al pensador como al escritor).

Usando la terminología de Nancy habría que decir que la singular presencia del sentido constituye también el elemento constitutivo de su soberanía. El sentido, lo hemos visto, es sentido de aquello que significa y que no puede no significarse, pero a su vez él mismo escapa a la significación, rehúsa ser significado, no puede significarse nunca. ¿Cómo, sin significar, *se comunica* el sentido? Quizás no podamos responder a esta pregunta sin que el sentido sea traicionado (porque al hacerlo le damos, queramos o no, cierta significación, le hacemos significar algo), pero lo cierto es que si *hay* sentido (y siempre lo hay), éste se comunica siempre por medios que sobrepasan la significación, es decir, que *no son subordinados* (como lo sería cualquier significación). Esta falta de subordinación a fines es lo que justificaría la estrategia adoptada por Nancy con respecto a lo escrito (lo escrito de toda escritura, puesto que todo en cierto modo está en la escritura: o bien inscrito en ella o por ella, o bien escrito de ella, como lo que *existe fuera de ella*). Así el sentido lo informa todo y no es informado por nada.

El sentido se extiende, se vuelca permanentemente, tanto sobre aquello que se dice que tiene sentido como sobre lo que se dice que no lo tiene (si es que hay algo así, porque desde el punto de vista del sentido —pero ¿es que puede haber otro que lo sobrepuje?— nada carece de sentido). Es decir, el sentido se vuelca indefectiblemente sobre el sentido, y ese volcado que no encuentra otra cosa para volcarse sobre ello que el sentido mismo es el «sentido del sentido», es decir, finalmente el sentido a secas, el sentido en todos los sentidos; sentido que no puede escapar de sí mismo, sentido sin afuera, sentido siempre en el límite que se alimenta del límite del sentido.

4. Lógica de la excripción

Esta apresurada caracterización de la atención que Nancy le presta al sentido como noción clave de su pensamiento, llevada a cabo precisamente mediante la invención de una palabra sin la que no hubiera podido expresar con la suficiente eficacia la especificidad de tal sentido, no debe hacernos olvidar una circunstancia sumamente reveladora, que es el hecho de que después de un uso intenso y continuado la mención de lo «escrito» casi desaparece por completo de sus publicaciones posteriores. A falta de una explicación del propio Nancy, que hasta ahora parece que no se ha producido, siempre es posible subrayar lo evidente y avanzar por lo hipotético.

Tampoco debe descuidarse la forma muy restringida en que se usa la palabra, nunca pródiga en variaciones, donde sólo se mencionan «lo escrito» y la «excripción», y donde se conjuga el verbo «excribir», pero sin salir nunca del infinitivo o del presente de indicativo y diciendo siempre o bien «excribe», o bien «se escribe», y las más de las veces teniendo como correlato «inscribe» o «se inscribe». En su uso verbal hay que señalar también las preposiciones que lo rigen: si inscribir es «inscribir *en*» (con el sentido de profundizar o interiorizar), escribir es lo más generalmente «excribir *de*» (con el sentido de sacar afuera o exteriorizar). Por último, *sólo una vez* Nancy se permite escribir «e(x)critura», precisamente al final de *L'écrit*, no dando *nunca* a lo largo de casi treinta años el paso que un poco impaciente y atolondradamente sí han dado algunos de sus seguidores, concediéndose por su cuenta la licencia para escribir y hablar de «excritura», palabra que, hasta donde sabemos, Nancy no escribe nunca.

Desde el momento de su entrada en sociedad (el ya citado artículo de la revista *Po&sie* en febrero de 1988), todas estas variaciones de «lo escrito» aparecen con cierta frecuencia en *Une pensée finie* (1990), *Le poids d'une pensée* (1991), *Corpus* (1992a) y *Le sens du monde* (1993)¹². Muy raramente las encontramos en sus libros posteriores. ¿Ha sido abandonada aquella palabra en la que Nancy ha puesto tanto? No nos lo parece¹³. En primer lugar, porque Nancy la ha seguido utilizando, aunque muy esporádicamente; menos en sus incursiones ontológicas (se la encuentra una vez en *Être singulier pluriel* y dos veces en *La pensée dérobée*) y más en textos que hablan de las artes, la poesía o la danza. Pero sobre todo se debe tener en cuenta el homenaje que Nancy le rinde a Derrida con las emocionadas palabras dirigidas a él inmediatamente después de su muerte, que finalizan así:

El esquema y la entonación de lo singular, de lo insustituible, lo propio en su archipropiedad inaccesible, inimitable, inapropiable, lo propio tal como propiamente se dice, tal como se piensa, tal como se sufre y tal como permanece — en nosotros, en él mismo finalmente — en él mismo, es decir, fuera de él, exiliado, escrito, ek-sistido afuera — es decir, ¿dónde? aquí, con nosotros (NANCY, 2005: 69).

La pena incontenible parece duplicarse cuando, tras la sucesión de palabras regidas por el prefijo negativo, se abren paso las regidas por el prefijo ex- (al que, por su parte, Derrida le dedicó un capítulo en su *Le toucher*). Allí, en *Le toucher*, en el preciso momento en que acaba de referirse a «lo escrito» de Nancy, Derrida añade:

Si recordamos que el concepto de ex-crito, término formado o forjado por él, se inscribe cada vez más en el corazón, en el fuero más íntimo de esa escritura pensante,

*quedaría por interrogarse sobre el cuerpo y sobre la fuerza, sobre la pulsión compulsiva que pone en movimiento esa sílaba, ex, y la mantiene viva*¹⁴ (DERRIDA, 2000: 39).

La escritura de Nancy: una escritura que piensa y que al hacerlo se inclina sobre esa sílaba que no llega a ser palabra, *ex-*; una escritura que pone en juego ni más ni menos que la vida, y no la propia, sino la que la escritura misma extiende. Todo eso queda expuesto de golpe en una palabra, lo excrito, que, junto a las que la acompañan, Nancy deposita en la tumba de Derrida. Demasiado como para pensar que se trata de una noción que ya no seguiría viva dentro de su pensamiento. Hay que pensar, al contrario, en que su súbita ocultación ha de poseer un sentido.

De las varias explicaciones posibles de su porqué, cabría avanzar dos hipótesis:

1. Una hipótesis técnica, por la que se consideraría la posibilidad de que esa palabra se hubiera convertido en un obstáculo insuperable dentro de una trayectoria que, pese a todo, Nancy ha de recorrer. Sobre todo si pensamos que todos los temas tratados en este periodo han quedado a las puertas de comenzar a hacer una ontología, o marcando al menos su necesidad. Sin embargo, Nancy no se ha decidido a dar el paso y a atravesar ese umbral. Lo dice quizás con más claridad que en ninguna otra parte en la introducción de *Être singulier pluriel*: “Además de la fuerza que me faltaría para realizar el tratado “de la esencia singular plural del ser”, la forma del tratado de ontología no es ya la que conviene cuando lo singular del ser mismo, y por tanto de su ciencia, se hallan en cuestión” (NANCY, 1996: 13).

Pero es que, con toda seguridad, ese tratado tendría que fundarse en el ejercicio de excripción del ser que determina toda existencia, tal como él lo ha presentado en todos los textos de estos primeros años noventa. Fácilmente comprobable, si recordamos una decisiva afirmación contenida en *Corpus*: «Ontología del cuerpo = Excripción del ser». Abandonada la realización de ese tratado, lo excrito vuelve a su condición de «inemplado» tal como se lo caracterizaba en el texto de su primera aparición¹⁵.

A ello hay que añadir que «excrito» o «excripción» son palabras aquejadas por una desobra constitutiva, es decir, palabras cuyo sin quehacer (su desobra o desobramiento¹⁶) las pone fuera de cualquier intención que lleve a un hacer, palabras que, precisamente porque no quieren decir nada, puesto que apuntan más allá de toda inscripción y de cualquier significación, tampoco deben usarse ni plantearse para hacer nada (del mismo modo que tampoco se hace nada con el sentido ni del sentido). ¿Cómo

hacer un tratado tomando como base lo que desde su base estaría consignado a no hacer nada?

2. Una hipótesis radical, más interesante sin duda, que, apelando a la cosa misma, respondería mejor a la condición huidiza de aquello escrito aquí cuestionado, que reside en la facultad que lo escrito tiene de retrazar su ser en el momento en que, solidario del sentido, se retrae o se retira de lo que mediante la escritura queda precisamente escrito en ella y de ella. De este modo, lo propio de lo escrito sería el escapar a su aprehensión en el momento mismo en que es simplemente escrito: *lo escrito se escribe de lo escrito y de toda escritura*. Lo escrito no puede faltar a su lógica (la lógica de la excripción), a su exigencia, y debe escribirse de lo escrito y de lo escrito. Nancy lo dice con contundencia: «La palabra “escrito” no escribe nada y no escribe nada» (NANCY, 1990: 62). Esto explicaría por qué Nancy se ve constantemente tentado al afuera desde el momento en que trata con y de lo escrito. Obligación de quedarse afuera, de encomendar eso escrito a un afuera hacia el que indefectiblemente apunta, en perfecta consonancia con la propiedad expropiante inscrita y escrita en su escritura y en su pensamiento. Obligación que se hace manifiesta al menos en tres ocasiones:

a) Cuando, después de haber señalado el papel que desempeña en relación con la intención última de la escritura, de Bataille, Nancy da un paso atrás diciendo: «Pero lo escrito no es una palabra de la lengua». A lo que habría que añadir que a su vez no debería pretender serlo. Lo escrito no está en ninguna lengua, pero sí está en la escritura, ésta lo lleva siempre consigo, lo implica. La escritura saca lo escrito de la lengua para exponerse exponiéndola. Lo escrito sería la exposición de la escritura fuera de la lengua, es decir, el lugar mismo de la existencia, dado que el lugar propio de lo escrito no es el juego significativo de la lengua, sino la presencia asignificante de la existencia (o de su sentido).

b) Cuando, tras su uso continuado e incluso decisivo, Nancy aparta toda alusión a lo escrito dejándolo fuera del lenguaje de sus libros. Si, como dice Nancy, tras la formidable interrupción del lenguaje que su mismo lenguaje representa, sólo «queda la desnudez de Bataille, queda su escritura desnuda, exponiendo la desnudez de toda escritura» (NANCY, 1990: 63), lo mismo le ha de ocurrir a quien desde el primer momento se ha propuesto pensar en su comunidad. Tras la palabra «escrito», una vez constatada su ausencia de la lengua, sólo queda de nuevo un afuera que nos trae la presencia desnuda de Nancy, y esa misma desnudez se ha de prolongar libro tras libro,

artículo tras artículo, conferencia tras conferencia, entrevista tras entrevista, en todas las manifestaciones en las que el propio Nancy ha de exponer su pensamiento y exponerse él mismo, se mencione o no ese proceso de excripción que le ha dotado de tal desnudez, haciendo excripción de lo escrito de sus libros.

c) Cuando observamos —y esto es esencial dentro de la economía discursiva que rige lo escrito— que Nancy se impide llegar a escribir la palabra con la que se completaría un trayecto de pensamiento, dejándola simplemente afuera sin nombrarla. Escribiendo acerca de la escritura, Nancy ha descubierto que, al lado de lo que se inscribe mediante una escritura, está lo que se escribe de esa misma escritura y ha dado en forjar —escribiéndola— una palabra para decirlo: «lo escrito». Pero parece como si la práctica de esa escritura que inscribe a la vez que escribe, en la que se reconoce toda escritura, excluyese la práctica de una escritura que quedaría fuera de la intención de Nancy desde el momento en que observamos que él mismo no llega a escribir nunca la palabra con la que se completaría el ciclo que él mismo se ha impuesto: la palabra «escritura». Palabra que, insistimos, nunca encontramos escrita en ninguno de sus libros, conferencias artículos o entrevistas¹⁷.

Así, pues, lo «escrito» no da para completar una «escritura» y, por eso, muy conscientemente Nancy habría dejado fuera de su vocabulario la palabra «escritura»¹⁸. En su lugar, y es lo que debe considerarse revelador, Nancy una sola vez, en *L'excrit*, escribe «e(x)critura». La e(x)critura nombra sin nombrarla la escritura, la contiene, pero no la muestra; su x entre paréntesis hace exactamente lo mismo, se la reclama y se la excluye, está presente a la vez que ausente, se la debe leer al mismo tiempo que no se la debe leer, está y se la debe suponer al mismo tiempo que no está y se debe suponer su falta. Esa x que falta y que no falta y la escritura que falta y que no falta son lo escrito de la escrito, la manera que Nancy tiene de dar lo escrito de lo escrito por escrito.

De nuevo, hay que observar que mientras algunos se han dejado seducir por el espejismo de una «escritura» que propiamente hablando nunca encontrarían en esos términos en la obra de Nancy, del mismo modo ha pasado desapercibido el dispositivo de la e(x)critura creado para devolver la escritura a la escritura, realizando Nancy el mismo gesto que realizó Bataille cuando en su lenguaje introdujo la interrupción de su escritura para poder proseguirla, como un «espaciamento» en el que pudiera darse la comunidad buscada fuera del simple comentario que contuviera la afirmación de una identidad de pensamiento. En este sentido, todo su texto, *L'excrit*, es una especie de

artilugio al servicio de una comunidad de pensamiento, creado para expresarla sin la consabida práctica del comentario de un autor.

Comunidad en el afuera y por el afuera, dada a través de lo escrito de lo escrito, buscada por Nancy y encontrada en Bataille, pero también comunidad buscada por Bataille y encontrada por Nancy. Y sin duda comunidad buscada por Nancy al encuentro de su lector. Y de las razones de su lectura.

Referencias bibliográficas

- BATAILLE, Georges. Sur Nietzsche. In : BATAILLE, Georges. *Œuvres Complètes*, tomo VI. Paris : Gallimard, p. 7-205, 1973a.
- BATAILLE, Georges. L'erotisme. In: BATAILLE, Georges. *Œuvres Complètes*, tomo X. Paris: Gallimard, p. 7-270, 1973b.
- BATAILLE, Georges. L'au-delà du sérieux. In : BATAILLE, Georges. *Œuvres Complètes*, tomo XII. Paris : Gallimard, Paris, p. 313-320, 1973c.
- BLANCHOT, Maurice. *L'Entretien Infini*. Paris: Gallimard, 1969.
- DERRIDA, Jacques. *Le toucher*. Paris : Galilée, 2000.
- KLOSSOWSKI, Pierre. *Nietzsche et le cercle vicieux*. Paris: Mercure de France, 1969.
- NANCY, Jean-Luc. *L'oubli de la philosophie*. Paris: Galilée, 1986.
- NANCY, Jean-Luc. L'excrit. *Po&sie*. Paris, n. 47, 1988, p. 107-121.
- NANCY, Jean-Luc. *Une pensée finie*. Paris: Ed. Galilée, 1990.
- NANCY, Jean-Luc. *Corpus*. Paris: Anne-Marie Métaillé, 1992a.
- NANCY, Jean-Luc. *La communauté désœuvrée*. Paris: Christian Bourgois éditeur, 1992b.
- NANCY, Jean-Luc. *Le sens du monde*. Paris: Galilée, 1993.
- NANCY, Jean-Luc. *Être singulier pluriel*. Paris : Galilée, 1996.
- NANCY, Jean-Luc. Le partage, l'infini et le jardín. *Libération*, 17 de feb. de 2000. Disponible :http://next.liberation.fr/livres/2000/02/17/le-partage-l-infini-et-le-jardin_318046. Aceso : 10 nov 2016.
- NANCY, Jean-Luc. *La communauté affrontée*. Paris: Galilée, 2001.
- NANCY, Jean-Luc. Trois phrases de Jacques Derrida. *Rue Descartes*, v.2, n. 48, 2005, p. 67-69.
- NANCY, Jean-Luc. *Le poids d'une pensée*. Estrasburgo: La Phocide, 1991.

Isidro Herrera
Doctor en Filosofía por la Universidad Autónoma de Madrid. Editor y traductor del
Editorial Arena Libros.
Email: isidro_herrera@arenalibros.com

¹ Nancy, que cita de memoria, dice «indica» donde Bataille dice «revela».

² Nancy ha publicado *L'écrit* dos veces. La primera en el N° 47 de la revista *Po&sie*, en febrero de 1988, y la segunda como capítulo dentro de *Une pensée finie*, libro aparecido en 1990. En 1988, *L'écrit* consta de un pequeño preámbulo que explica que es precisamente Bataille el punto de unión de los dos apartados de los que consta el artículo, titulados «Las razones de escribir» y «Las razones de leer». Nancy explica que sólo el segundo responde al título de *L'écrit* (es decir, contiene la palabra), mientras que el primero (publicado anteriormente, en 1977) no contiene esa palabra, aclarando que, sin embargo, dice acerca de la escritura de Bataille lo mismo que esta palabra quiere decir a partir del momento en que ha sido acuñada. La segunda publicación de *L'écrit* prescinde de aquella primera parte y sólo invoca a Bataille, su comunidad, su pensamiento y su escritura, limitándose al segundo apartado del artículo publicado en *Po&sie*, que ahora aparece con algún breve añadido y ligeras modificaciones y respondiendo todo él a su título.

³ En *L'écrit*, Nancy (1990: 22) cita estas palabras de Bataille referidas a Nietzsche: «No se habrá entendido ni una palabra de la obra de Nietzsche antes de haber vivido esta disolución deslumbrante en la totalidad.»

⁴ Esta frase no aparece en la segunda publicación del texto.

⁵ Las palabras «*écrit*» y «*effacé*» comparten algo más que el prefijo. Aunque Nancy no lo mencione, «*l'écrit*» sin duda trae consigo toda la carga del lenguaje de Blanchot cuando éste habla de «*l'effacement*» de la escritura.

⁶ La primera edición de este libro es de 1991.

⁷ No se va a desarrollar aquí, pero no debe quedar sin apuntar la correspondencia que también se puede encontrar con Blanchot (1969). El último capítulo de *L'entretien infini*, titulado «La ausencia de libro», plantea muchas de las cuestiones que Nancy va a tratar en «Lo escrito», empezando por una palabra que Blanchot utiliza y que es su claro antecedente: «de-scripción». El interés de mostrar esos puntos de contacto estaría, más que en la diferencia, el acuerdo o la matización, en la distinta modulación de temas sin duda comunes a ambos autores.

⁸ Es lo que con tanto acierto Klossowski (1969), también tras los pasos de Bataille, expuso en su *Nietzsche et le cercle vicieux*, prestando especial atención a la elaboración de la experiencia del Eterno Retorno como pensamiento comunicable.

⁹ Sin tener nada que ver con la etimología, sino sólo con la homofonía, Bataille, siguiendo una inspiración de claro sabor blanchotiano, pone en relación *écrire* [escribir] con *cri* [grito]. Teniendo presente la bien conocida temática de la *différance* derridiana, se ha de observar que únicamente por escrito y no por su fonación es posible distinguir entre «*L'écrit*» [lo escrito] y «*le cri*» [el grito].

¹⁰ En *La communauté affrontée*, Nancy ha explicado que su propuesta de «*retrait du politique*» no ha de entenderse simplemente como un retiro o una retirada de lo político, sino también como su retrazado (*re-trait*). En el texto aquí citado, el «*retrait de sens*» debe entenderse en el mismo doble sentido.

¹¹ «Silencio que grita» es una expresión que Nancy le atribuye a Bataille sin citar su procedencia. Esas palabras están contenidas en un artículo de Bataille titulado «Más allá de lo serio» y publicado en *La Nouvelle Nouvelle Revue Française* en 1955: «Finalmente protesto, previendo la voluntad de reducir a algún estado de intelección ese silencio que grita o ese grito inaudible que sustrae [*dérobe*] en mí cada posibilidad concebible: eso es, únicamente eso es lo que mi escritura enmascara» (BATAILLE, 1973c: 315).

¹² Para insistir en esta datación habría que señalar que en la segunda edición aumentada de *La communauté désœuvrée*, de 1990, se incluye un capítulo titulado «Del ser-en-común» cuya primera parte es remitida por Nancy a un coloquio celebrado en septiembre de 1988 y donde ya hay una mención de la «excripción». Cf. (NANCY, 1992b: 204).

¹³ No ha sucedido así con otras palabras también creadas por Nancy. Por ejemplo, «declusión». También hay que añadir el llamamiento que últimamente en diversas conversaciones ha hecho Nancy a permanecer en guardia ante todas las palabras prefijadas por *de-* (incluida «deconstrucción»), de las que, según sus palabras, se habría abusado en los últimos años.

¹⁴ Subrayo la última palabra —*vida*— para señalar la intención del homenaje de Nancy al depositar palabras sobre la tumba de Derrida, donde todas las palabras con esa misma sílaba estarían reclamando la vida de su amigo.

¹⁵ Con un término procedente de Bataille («negatividad sin empleo»), Nancy en *L'écrit* habla de la libertad «inempleable» del ser. Si «*écrit*» es una palabra creada para acompañar a Bataille, ella debe realizar su mismo recorrido y desempeñar su mismo papel, es decir, deber ser «inempleada» de la misma forma.

¹⁶ Tanto para Nancy como para Blanchot, quien esto suscribe ha defendido —con un éxito tan escaso como la comprensión encontrada— traducir la palabra «*désœuvrement*», tan común en francés como en el lenguaje de esos autores, por una palabra —«desobra», o en su defecto «desobramiento»— usada específicamente para decir lo que ninguna otra sería capaz de decir en nuestra lengua. ¿Por qué, si Nancy

no retrocede nunca ante la posibilidad de crear una palabra que en principio «no pertenece a la lengua», no admitir una nueva palabra que ciertamente no pertenece a nuestra lengua pero que, así creada, sirve exactamente para decir lo que la palabra original quiere decir? A cambio se acepta sin protestar «inoperancia», cuyo significado no se ajusta para nada (excepto por su engañosa etimología) al original traducido y que sigue sin decir en nuestra lengua nada que permita llegar hasta él. *Galeatus rideris dolens*.

¹⁷ Nancy es autor de una obra amplia y podría suceder que en alguna ocasión, que desconozco, hubiera llegado a usar esta palabra que aquí se afirma que falta en su vocabulario. Si esto sucediera, aún podríamos seguir argumentando en el mismo sentido, porque con toda seguridad no se encuentra en ninguna de las publicaciones donde abundantemente se habla de excribir, de lo excrito o de la excripción.

¹⁸ Siguiendo los pasos de Nancy, Derrida, en *Le toucher* (2000), tampoco escribe la palabra «excritura» en ningún momento y únicamente se permite escribir dos veces seguidas «ex-critura», más con la intención de subrayar el prefijo que de avanzar hacia la palabra completa.